

Ballet

Celebración del cuarenta y cinco aniversario del Ballet Nacional Chileno

La primera compañía profesional de danza nacida en Chile es el Ballet Nacional Chileno de la Universidad de Chile, cuya labor se inició el 18 de mayo de 1945 con el estreno de *Coppelia*, con coreografía del creador del conjunto, maestro Ernst Uthoff, música de Leo Delibes y decorados de la artista Hedi Krassa. Ese fue el inicio del movimiento dancístico en el país, el que en sus cuarenta y cinco años de vida ha colocado la danza en un sitio nacional e internacional relevante.

La bailarina Maritza Parada, directora del conjunto desde enero de 1986, celebró este aniversario el 1 de agosto de este año en el Teatro de la Universidad de Chile, con dos estrenos absolutos: *Ciudadela*, del coreógrafo Luis Eduardo Araneda con música de J.S. Bach, Antonio Vivaldi y Samuel Barber, y *El Mandarín Maravilloso* con coreografía de Hilda Riveros y música de Béla Bartók. La función incluyó además la reposición de *Láminas*, de Rob Stuyf y música de Ondakoza y Brahms, coreografía estrenada en 1987.

Luis Eduardo Araneda presentó su impresionante *Ciudadela*, creador de relevantes coreografías producto de sus incesantes exploraciones en el campo de la investigación y la improvisación en el campo de la danza, y dotado de una intuición de gran sensibilidad y sentido crítico de la psicología y conducta del hombre actual. Este joven coreógrafo y bailarín ha sido formado en Chile y en el extranjero con maestros de fama internacional y en la actualidad es el director creador de la "Séptima Compañía de Danza Contemporánea" con sede en Santiago de Chile.

Ciudadela se desarrolla en un espacio imaginario, sótano desolado de estructuras raídas absolutamente herméticas, el hábitat de los seres que allí viven, igualmente raídos en su relación humana, creándose una atmósfera de desencanto, inquietud y dolor obsesivo. El escenógrafo Hernán Pantoja captó en profundidad el mensaje del coreógrafo y reflejó en esas paredes desnudas, en el vestuario raído y en su iluminación espectral en que se desenvuelven esos seres que en su aislamiento y soledad espiritual crean una atmósfera sofocante de tensiones, energías contrapuestas e incomunicación obsesiva.

Hay una pareja, a la que dan vida los excelentes bailarines Rosa Celis y Esteban Hernández —ella vestida de riguroso luto—, quienes en permanente y temblorosa actitud tratan en vano de relacionar a esos patéticos seres marginados de toda evolución humana, histórica, trascendente y prioritariamente del misterioso mundo de los sentimientos.

Cada gesto de estos seres refleja su crítica angustiada, meditada, de todo ser humano frente al mundo en el que le ha tocado desarrollar su vida y realizar una actuación a menudo frustrante. *Ciudadela* es descarnada, dolida, pero también es una búsqueda consciente. Cada bailarín de la compañía, mujeres y hombres, realizan el mensaje del genial coreógrafo mediante una búsqueda de

profunda honestidad y real necesidad de comunicación a través del gesto y movimientos quebrados, reveladores de la angustia del hombre contemporáneo.

El ballet *El Mandarín Maravilloso*, de Béla Bartók tiene un argumento extraño. En una casa de cita, tres bandidos secuaces de la dueña, obligan a una muchachita muy joven a seducir al Mandarín con su danza. Cuando él se aproxima conquistado, ella huye obligándolo a seguirla. Entran en escena entonces los bandidos que raptan al Mandarín Maravilloso y tratan de eliminarlo, pero él se revela indestructible inclusive cuando es suspendido de la horca.

La coreógrafa Hilda Riveros realizó una versión libre del libreto original, creando una historia de pasión, ambiciones, pero también sentimientos que son más fuertes que el vicio.

La muchacha, Rosa Celis, es atraída por el Mandarín Maravilloso, Jorge Ruiz, por su belleza física y por un cierto algo extrahumano que ella nunca había conocido y él, a su vez, queda fascinado por la belleza juvenil de la muchacha. La danza une a estos dos seres, no sólo porque de ellos se desprende algo luminoso sino que también por una pasión desenfrenada que la coreógrafa prolongó más allá de lo artístico.

Nace el amor y pretenden huir juntos, pero Madame Lily, Carola Alvear, la casera, se da cuenta y llama a los rufianes para que le den muerte al Mandarín. Escena brutal, también desmesurada en este ballet, hasta que la mirada amorosa de los ojos del Mandarín enternecen a la muchacha y lo libera del tormento. Sólo entonces se abren sus heridas y muere.

Hilda Riveros no logró en esta ocasión esa magnífica síntesis a la que sus coreografías nos tienen acostumbrados.

La danza de los bailarines merece alabanzas, específicamente las actuaciones de Rosa Celis y Jorge Ruiz; Carola Alvear, como Madame Lily, es de una perfecta vulgaridad y los rufianes Renato Peralta, Rodrigo Pastén, Leopoldo Olivares y Esteban Hernández cumplen su cometido con absoluta saña.

La escenografía de Sergio Zapata creó una ambientación pesada que no corresponde ni a la obra y mucho menos a la música de Bartók. El vestuario de Marco Correa es correcto y la iluminación de Hernán Pantoja es bastante siniestra y falta de matizaciones.

Dos estrenos del Ballet de Santiago en el Teatro Municipal:

"Entre dos Aguas" y "Violeta..."

El 29 de junio se estrenaron dos ballets, uno correspondiente a una primera presentación en Sudamérica: *Entre dos Aguas* del coreógrafo Robert North, con música del guitarrista Paco de Lucía y de jazz de Simon Rogers, adecuada al flamenco, y el estreno mundial de *Violeta...* de la coreógrafa chilena Hilda Riveros, con música de Joaquín Bello y Violeta Parra.

Nos referiremos primeramente a la mujer que ya es leyenda: Violeta Parra, la genial folklorista chilena, que supo tocar nuestros instrumentos folklóricos,

cantar a lo poeta, escribir versos a lo "divino" y a lo "humano", improvisar décimas y recoger trozos perdidos del fresco folklore campesino, bailar, pintar, bordar. Además supo amar, sufrir intensamente y convertirse en Ave del Paraíso. La mágica Hilda Riveros, en su coreografía, captó el alma de una Violeta a quien no conoció, y se la traspasó a la maravillosa bailarina Sara Nieto, primera bailarina solista del Ballet de Santiago. Estas tres mujeres, secundadas por la escenografía y vestuario de Edith del Campo y la iluminación de Ricardo Yáñez, de una belleza y plasticidad afín al clima espiritual de Violeta, crearon una obra de arte. La música de Joaquín Bello, que esboza ruidos de la naturaleza y dispares fórmulas musicales nos obligó a añorar las canciones de Violeta, hubo sólo dos arreglos de Tomás Lefevre: *Run-Run se fue p'al norte* y *Gracias a la Vida*, interpretados al piano por Roberto Bravo.

El Ballet se inició como para iluminarnos, con los versos de Nicanor Parra que recita Juan Carlos Bistoto fuera del escenario, mientras los bailarines se transforman en sus personajes y Sara Nieto penetra en el alma de Violeta:

*Ni bandurria/ni tenca/ni zorzal
Ni codorniza libre ni cautiva/
Tú/ solamente tú/ tres veces tú
Ave del paraíso terrenal
Bailarina del agua transparente
Árbol lleno de pájaros cantores.*

Así se nos mostró el mundo interno de Violeta —no su biografía— tan pronto luminoso, luego atormentado, emborrachado de amor, de nostalgia, de infinito dolor, de soledades inenarrables frente a un mundo hostil; esa fue la imagen de la mujer que la talentosísima coreógrafa le ofreció a su patria.

Con los versos de Violeta: "Tu cariño era un rebozo/ que nos abrigó a los dos/ lo manchaste una mañana/ cuando me dijiste adiós". En el escenario Juan Carlos Artus baila el papel de Cereceda, el marido, y Edgardo Hartley el del músico francés Gilbert Favre, su gran amor, ambos se alejan de Sara, ahora ya transfigurada en Violeta, y otro verso ondula por el escenario: "Si yo levanto mi voz grito/ no es tan sólo por gritar". Bien sabemos todos cuanto duele.

Todos los protagonistas acompañan a Sara-Violeta con sensibilidad y fervor hasta la pesadilla final de ave enjaulada. Hilda Riveros ofreció toda la gama de los estados de ánimo de esa fabulosa criatura que supo amar, cantar, reír o tener rabia sin importarle jamás la opinión de los demás.

La escena final es de un vigor inenarrable, los monstruos que la impulsaron durante su vida aparecen cuando ella la tronchó, pero se transforman en monjes que con una melodía gregoriana forman sobre ella el signo de la Cruz. La coreógrafa logró en plenitud dar vida a su heroína.

El estreno del coreógrafo norteamericano Robert North, *Entre dos Aguas*, es una memorización de su viaje por España, con escenas de un tablao andaluz en el que mezcla el jazz con el flamenco como fondo musical. No

obstante, en este ballet sin argumento, la música del flamenco Paco de Lucía no llega a penetrar el clima norteamericano y solamente la pareja de los excelentes bailarines Berthica Prieto y Patricio Melo se compenetran del espíritu gitano y viven la pasión y la fuerza de la música del famoso guitarrista.

El Ballet Stanislavski presentó dentro de su repertorio el estreno de "Carmen" del coreógrafo mexicano Alberto Alonso

A fines de septiembre estuvo de paso por el país la compañía soviética "Ballet Stanislavski". Presentó en estreno para Chile el ballet *Carmen*, de Alberto Alonso. El arreglo de la partitura de Bizet por Rodion Shchedrin que zarandeó, envileció y descuartizó el original para luego reconstituir una creación desgarradora, así también el coreógrafo creó con los personajes de Mérimée, un espectáculo de singular energía que generó gran suspenso y extraordinaria tensión. Con movimientos expresionistas —distorsionados al igual que la música— entregan la salvaje carga emocional, los que además proporcionan una estilización de gran simbolismo. Con crudeza de luz latina se entrechocan colores, sonidos, pasos y pasiones.

Tatiana Chernobrovkina en el papel principal es absolutamente la encarnación de la pasión desatada, e igualmente sobresalientes fueron las caracterizaciones del Torero por Alexei Popovchenko de José por Kirilov. Galina Krapivina y Viácheslav Sárkisov completaron esta impresionante danza en la que el espíritu ruso y el latino se amalgamaron.

Tres coreografías de Esteban Peña

En el Teatro Apoquindo, el 3 de octubre de 1989, se realizó una función a beneficio del bailarín y coreógrafo chileno Esteban Peña que acaba de ser becado por el Gobierno de Francia para trabajar en las compañías de Dominique Petit y de L'Esguisse.

Para poder pagar su pasaje de ida a Francia el coreógrafo mostró, en esta ocasión, tres de sus creaciones: *Ángel en tierra de hoja*, con música de Bach y Shukze; *La necesidad blanca*, con música de Peter Gabriel, y *Alas de Luz*, con música de David Darling y melodías medievales, esta última interpretada por Esteban Peña y Eduardo Osorio.

"IV Encuentro de Danza Contemporánea" en el Teatro Apoquindo, con coreografías de Nuria Gutiérrez y Esteban Peña, Gregorio Fassler, Marisol Hume, Octavio Meneses y Luis Eduardo Araneda

Este "IV Encuentro" se inició el 16 de octubre de 1989 con las coreografías: *Perfume serial*, de Nuria Gutiérrez, con un collage musical y *Alas de luz... tan solo*, de Esteban Peña, con cinta magnética que incluye piezas de la Edad Media y de David Darling.

Homenaje, de Octavio Meneses, basado en el hecho histórico del hundimiento de la "Esmeralda" y la muerte de Arturo Prat, es una danza débil y poco

convinciente; *Azul Profundo*, de Marisol Hume, con banda musical de Maurice Ohana, *Chêne Noir* y zapateos flamencos, es danza pura.

Lo más destacado de este "IV Encuentro de Danza Contemporánea" resultó *Nostalgia*, de Luis Eduardo Araneda, seguido por *Perfume serial*, de Nuria Gutiérrez; *Alas de luz... tan solo*, de Esteban Peña, y *Azul profundo*, de Marisol Hume.

Estreno de "El Idiota" por el Ballet de Santiago

El Idiota, basado en la novela de Dostoievski, fue estrenado por el Ballet de Santiago en el Teatro Municipal, a mediados de abril, con coreografía de Valery Panov y música de Shostakovich. El coreógrafo ruso incluyó danza clásica, romántica y moderna en una combinación de estilos dispares. La obra es imaginativa, un verdadero paquete de sorpresas, desde su inicio hasta el enfoque circense del final. La escenografía y el vestuario demuestran similar recargo.

En este ambiente general destacó Sara Nieto, que como Natassya Filippova proyecta credibilidad y nunca cayó en la sobreactuación. Muy positivo fue el desempeño de Luis Ortigoza en el dramático papel de Ganyo Ivolgin. Entre los extranjeros destacó el austriaco que debutaba, su Rogoschin tuvo fuerza y precisión; el soviético Vladimir Guelbet, como el Príncipe Myshkin, demostró inseguridad, pero se lucieron Claudia Smiguel como Aglaya —con su prodigiosa gracia y delicadeza—, Lourdes Arteaga y Valentina Shtchepatcheva, sutiles y femeninas.